

beya hacia estas danzas y bailes delante del Arca de Dios. Pues aquel potentísimo y fortísimo rey David, olvidado de su autoridad y grandeza, desnúdase de sus vestiduras Reales, júntese con los danzantes y comienza á danzar y tañer, como si fuera un villano (1) ó un hombre de placer, como le dijo su muger Micól. No se acaba San Gregorio de maravillar de este hecho de David, y dice: «No sé lo que otros sentirán de los hechos y hazañas de David; sientan otros lo que quisieren; pero á mi, dice (2), mas admiracion me pone David cuando le veo danzar y bailar delante del Arca, como si fuera un hombre plebeyo y bajo, que cuando oigo decir que despedazaba osos, y desquijaraba leones; y mas que cuando oigo que de una pedrada derrocó al gigante Goliat y venció los filisteos, porque con esto venció á otros; pero con aquello venció á sí mismo; y mucho mas es vencerse á sí, que vencer á otros.»

Pues estimemos en mucho estas mortificaciones, y guardémonos de menospreciarlas, porque no nos acontezca lo que á Micól, que se afrentó y corrió de este hecho de David, y le despreció en su corazon por él, y despues le dió en rostro con ello: por lo cual la castigó Dios con esterilidad, que no tuviese hijo ninguno en toda su vida. Mirad no sea la causa de vuestra esterilidad y sequedad, asi en la oracion como en el trato con los prójimos, de que no se os peguen, ni vuestras palabras se les peguen, y asi no tengais hijos espirituales, el afrentaros ya de hacer las mortificaciones pequeñas, y el desdeñaros de acudir al superior con cosas menudas, parecién-

(1) Quasi si nudetur unus de scurris. II. Reg. VI, 20; et I. Paral. XV, 29.

(2) Quid de ejus factis ab aliis sentiat, ignoro, ego David plus saltantem stupeo, quam pugnantem. Pugnando quippe, hostes subdidit; saltando autem coram Domino, semetipsum vicit. Greg. tract. 2, c. 7.

doos que es cosa de niños y de novicios, y que ya no son para vos esas cosas. Y mucho mas deben temer este castigo los que diesen en rostro con estas cosas á los que ven que son muy observantes y muy exactos y puntuales en ellas, notándolos como de escrupulosos ó de muy menudos, y como haciendo burla y donaire de ello, que es una cosa con que se puede hacer mucho daño y de que debería uno tener mucho escrupulo, porque cuanto es de su parte retrae á los otros de la virtud. ¡Oh! ¡qué bien respondió David á Micól! «Delante de Dios, que me escogió á mi antes que á tu padre, jugaré y danzaré, y hareme aun mas vil y mas bajo, y no me apartará de eso el que mofa y murmura de mí (1).» ¡Oh! dice San Bernardo (2): «¡Oh! ¡qué buen juego aquel con el cual Micól se enoja y Dios se deleita! ¡Oh qué buen juego aquel que al mundo parece risa, pero á los ángeles es un admirable espectáculo! Este juego usaba el que decia: «Somos el espectáculo del mundo, de los ángeles y de los hombres (3).» Pues usemos nosotros tambien este juego, y no hagamos caso del que dirán, dice San Bernardo (4), porque de esa manera seremos un espectáculo que espante al mundo, y admire á los ángeles, y agrade mucho á Dios.»

CAPITULO XVI.

Del mal y daño que se sigue de menospreciar las mortificaciones en cosas pequeñas.

De lo dicho se podrá entender fácilmente

(1) Ante Dominum, qui elegit me potius quam patrem tuum, et Judam, et vilior fieri, plusquam factus suum, et ero humilis in oculis meis. II. Reg. VI, 20.

(2) Bonus ludus, quo Michol irascitur, et Deus delectatur: qui hominibus quidem ridiculum, sed angelis pulcherrimum spectaculum præbet. Bernard. epist. 87 in fine.

(3) Spectaculum facti sumus mundo, et angelis, et hominibus. I. Cor. IV, 9.

(4) Laudamus ut illudamur. Bernard. ubi sup.

te, cuánto mal y daño se nos puede seguir si menospreciamos las mortificaciones pequeñas y nos descuidamos de ellas, porque no habemos de mirar tanto á la cosa pequeña y menuda en que nos dejamos de mortificar, quanto á que no queremos negar ni quebrantar nuestra voluntad por amor de Dios, ni aun en aquello poco. Y hay aqui otro daño muy grande y muy digno de ser advertido, y es, que con esto va uno dando licencia á su voluntad para que en otras cosas salga tambien con lo que quisiere, y asi se va haciendo voluntarioso y apeltoso, fomentando y aumentando su propia voluntad. No entiende uno el mal y daño que en esto se hace á sí mismo. Al principio es leoncillo pequeño esa propia voluntad; pero de esa manera irá creciendo y se hará un leonfiero é indómito, que no os podais averiguar con él. Bien sabemos que la propia voluntad es la causa y raiz de todos los males y pecados y del infierno tambien. Asi dice el glorioso San Bernardo: «Cese la propia voluntad y no habrá infierno (1).» Pues con estas mortificaciones va uno quebrantando su propia voluntad y quitándole la licencia de que salga con todo lo que quiere, que suele ser la raiz y causa de todos los pecados. Y asi dice Ricardo de Santo Victor (2) que pues el demonio trabaja en vencernos en culpas pequeñas para que estando mas flacos nos venza en culpas grandes, que es justo que nosotros trabajemos tambien de vencernos y mortificarnos á menudo en cosas pequeñas, para que cerremos la puerta al demonio y no nos pueda vencer en cosas mayores; y dice que habemos de comenzar de estas cosas pequeñas, para que asi con el uso vayamos

(1) Cesset propria voluntas, et infernus non erit. Bernard. serm. 3. de Resurrectione.

(2) Richard. de Sancto Victore in Cantica, part. 2, cap. 21.

coibrando fuerzas, y de la victoria de las menores vayamos subiendo poco á poco á vencer las mayores. Casiano dá tambien este aviso (1), y pone ejemplo, como cuando os viene un movimiento de ira con la pluma con que escribis cuando no está buena, ó con el cuchillo cuando no corta bien, ó con otras cosas semejantes: conviene mucho, dice mortificar, reprimir estos movimientos desordenados, aunque sea en estas cosas pequeñas, porque con esta victoria, cuando se ofrecen despues ocasiones graves de disgustos é injurias de prójimos, se halla el siervo de Dios con fuerzas para mortificarse y para conservar la caridad y paz del corazon en ellas.

Y mas: hay otro bien en estas mortificaciones pequeñas que toma uno de su voluntad, con que se evita otro daño y peligro grande, como nos lo enseñó Eusebio, varon santísimo, y lo refiere Teodoreto (2). Ejercitábase mucho este Santo en ellas, y preguntado ¿por qué? respondió: «ensáyome contra las artes y andides del demonio, y procuro con esto que las tentaciones grandes con que él me habia de acometer, de soberbia, lujuria, envidia y otras semejantes, se conviertan en estas cosas pequeñas; en las cuales, si yo fuere vencido, no perderé mucho; y si venciere, quedará mas corrido y afrentado el demonio viéndolo que ni aun en estas cosas pequeñas me puede vencer. Nótese mucho esto, porque es una verdad de que tienen mucha esperiencia los siervos de Dios; entendid, que mientras anduviéredes en este ejercicio de mortificaros en cosas pequeñas y menudas, se convertirán en eso las tentaciones del demonio, y vuestras tentaciones serán comunmente de esas cosasillas; si haré esta mortificacion, si vence-

(1) Cas. lib. 8, cap. 48. (2) Theod. in sua Histor. religiosa.

ré esta repugnancia ó lo dejaré; que cuando quedéis vencido alguna vez en eso, no perdereis mucho. Pero si cesais de ese ejercicio y no tratáis de pelear con el demonio y contra vuestra carne en esas cosas pequeñas, él y ella os harán la guerra con otras tentaciones mayores, en las cuales, si quedais vencido, quedareis perdido.

El bienaventurado San Agustín cuenta (1) que un hombre católico estaba muy enfadado con unas moscas que le molestaban mucho. Llegó á visitarle un herege maniqueo, y cuéntale su trabajo, que no se podía valer de moscas y que estaba muy tentado con ellas: al maniqueo parecióle aquella buena coyuntura para encajarle su error, que era haber dos principios de las cosas; uno de las invisibles, que es Dios, y otro de las corporales y visibles, que decían los maniqueos ser el demonio; contra el cual error se pusieron en el símbolo que canta la Iglesia aquellas palabras: «De todas las cosas visibles é invisibles: *Visibilibus omnium et invisibilibus*; donde confesamos que todas las cosas las crió Dios, no solamente las espirituales é invisibles, sino también las corporales y visibles. Pues viendo el herege tan buena ocasion para persuadir al otro su error, dícele: «¿quién crió estas moscas?» El otro cómo estaba tan enfadado con ellas y le parecían tan mal, no se atrevió á decir que Dios las había criado; cógesele el maniqueo y dícele: pues si Dios no hizo estas moscas ¿quién las pudo hacer? Díce el otro: «el diablo creo que las hizo.» Vuelve luego el maniqueo: «pues si el demonio hizo las moscas como vos decís, la abeja, que es un poquito mayor que la mosca ¿quién la hizo?» No se atrevió el otro á decir que Dios había criado la abeja y la mosca no, porque iba muy poco de la una á la otra, y

así dijo que si Dios no había criado las moscas, tampoco criaria las abejas. Fué el maniqueo poco á poco llevándole mas adelante, y de la abeja pasó á la langosta, que es un poco mayor, y de la langosta á la lagartija, y de la lagartija al pajarico, y del pajarico á la oveja, y de allí al buey, y despues al elefante, y finalmente al hombre, y persuadióle que tampoco había criado Dios al hombre (1). Mirad á qué extremo de males vino á traer á este miserable el no saber sufrir una pequeña mortificacion de unas picaduras de moscas! Y así dice San Agustín: guardaos no os engañe el demonio cuando estais tentado y enfadado de las moscas, como engañó á este desdichado, que con las moscas le cazó. Suelen, dice, los cazadores poner en el lazo moscas para cazar algunas aves; y así lo hizo el demonio con este desventurado, que con moscas le armó y le cogió. Pues guardaos no os engañe á vos también el demonio cuando estais enfadado y tentado, triste y melancólico sobre cosas pequeñas y menudas, porque con esas moscas suele cazar el demonio á muchos y llevarlos poco á poco á cosas mayores.

CAPITULO XVII.

En que se ponen tres avisos importantes en esta materia

Para tres géneros que hay de personas pondremos aqui tres avisos, para consuelo de los unos y desengaño de los otros. Las condiciones de los hombres son diversas: hay algunos que tienen unos naturales difíciles, y sienten gran dificultad y gran repugnancia y contradicción de su carne para las obras de virtud, con lo cual andan desconsolados, pareciéndoles que es ya todo perdido. Para estos es el primer aviso con-

(1) Aug. trat. 1, sup. Joann.

(1) Et persuasit homini quod non a Deo factus est homo.

solatorio, que no está la culpa ni la imperfección en tener y sentir estas repugnancias y movimientos contra la razon, sino en seguirlos y obrar conforme á ellos; como en las tentaciones, no está la culpa en los movimientos ó pensamientos malos y feos que nos vienen contra la castidad ó contra la fe, ó contra cualquier virtud, con que algunos se suelen afligir y desconsolar mucho. Dícen muy bien los Santos (1): no os fatiguis ni tengais pena de eso, que no está la culpa en el sentimiento sino en el consentimiento. Cuando á vos os pesa de esas cosas, y procurais resistir y no hacer caso de ellas, antes son materia y ocasion de mayor merecimiento. De la misma manera es en las inclinaciones y condiciones malas que tenemos de nuestra naturaleza, unos mas, otros menos, de las cuales se nos levantan tan malos movimientos en nuestro apetito, y tantas repugnancias y dificultades para la virtud; no está en eso el ser uno malo ó bueno, ni el ser perfecto ó imperfecto, porque eso es natural y no está en nuestra mano, sino que lo heredamos con el pecado; y San Pablo, con ser San Pablo, sentía en sí contradicción y rebeldía de su carne, y decía: «Veo otra ley en mis miembros que repugna á la ley de mi razón, y que me cautiva en la ley del pecado que reside en mis miembros (2).» San Agustín explica á este propósito aquello del Salmo IV: «Altraos y no querais pecar (3),» diciendo: «Esto es, aunque se levante algun primer movimiento del ánimo, el cual, como pena de él, no nos es libre; á lo menos no consienta la razon ni la voluntad; mas sirvamos con la voluntad á la ley de Dios, ya que el apetito nos hace sentir la

ley del pecado (1). Aunque se levante allá en vuestro apetito el movimiento de impaciencia y de ira, no os dejéis llevar ni consentais en él, y no pecareis. Bramando iban aquellas vacas que llevaban el Arca del Testamento, porque les habían quitado sus becerros que naturalmente amaban; pero al fin, dice la Sagrada Escritura (2), que iban su camino derecho, sin declinar, ni á la diestra, ni á la siniestra. Id vos por el camino derecho de la virtud, y no oigais los bramidos de la carne, ni hagais caso de ellos, y con eso podreis ser perfecto.

Esa es la diferencia que hay entre los hombres espirituales, que tratan de perfección, y los carnales y sensuales, que no tratan de eso: no está la diferencia en sentir ó no sentir dificultades y contradicciones de la carne, sino en que estos se dejan llevar de ellas y aquellos no. El pez vive en agua arriba, el muerto agua abajo: pues en esto se verá si sois hombre espiritual y vive en vos el espíritu, ó si está muerto; en si vais agua arriba contra la corriente de vuestras pasiones, ó si os dejais llevar de ellas agua abajo. El hombre espiritual no oye los clamores y lamentos de la gula y apetito sensual, ni se deja llevar de ellos, como dice el Santo Job: «No oirá el clamor del exactor (3).» Al vientro llama exactor, porque pide mas de lo necesario. Dice San Gregorio: «En esto está todo el punto, en no dar oídos á las tentaciones y apetitos que se levantan, ni consentir con ellos (4);» y así nadie debe desmayar por sentir en sí malas inclinaciones, y sino an-

(1) Id est, licet insurgat motus animi, qui jam propter poenam peccati non est in potestate, saltem non consentiat ei ratio, et mens, sed mente serviamus legi Dei, si adhuc carne servimus legi peccati. Agust. in Ps. 4.
(2) 1. Reg. VI, 12.
(3) Clamorem exactoris non audit. Job. XXXIX.
(4) Clamorem exactoris non audire, est, violentis tentationum motibus minima consentire. Greg. I, 30, Mor. cap. 13.

(1) Ludovic. Blosius in speculo spirituali, c. 6.
(2) Video aliam legem in membris meis repugnantem legi mentis meae, et captiv. nem. me in lege peccati, quae est in membris meis. Ad Rom. 7.
(3) Irascimini, et nolite peccare. Ps. IV, 5.

marse á sacar de eso mayor corona, como de las tentaciones: asi nos lo aconseja San Agustin en el sermón tercero de la Ascension; exhortando y animando á que subamos todos al cielo con Cristo, entre otros medios que pone para subir allá, son nuestras pasiones y malas inclinaciones: «Subamos tambien al cielo con Cristo, ayudándonos de nuestras mismas pasiones;» y si preguntáredes de qué manera nos podremos ayudar de las pasiones para subir al cielo, responde que trabajando cada uno por sujetarlas y domarlas con ánimo generoso, porque de nuestros vicios hacemos escala, si los pisamos (1). De esta manera haremos de nuestras pasiones escalones para subir á lo alto, porque ellas mismas nos levantarán sobre nosotros si estuvieren debajo de nosotros; poniéndolas debajo de los pies, nos servirán de escalones para subir al cielo.

De nuestro bienaventurado P. San Ignacio leemos en su vida (2), que siendo de su natural muy colérico, se habia vencido y mortificado y trocado tanto con la gracia del Señor que le juzgaban por flemático. Y aun aun allá de Sócrates cuenta Plutarco (3), que viéndole un fisionomista, que por la composicion exterior y facciones del rostro conocia las inclinaciones naturales de cada uno, dijo que aquel hombre era muy mal inclinado á deshonestidad, á glotonería, á embriaguez y á otros muchos vicios: los discípulos y amigos de Sócrates indignáronse mucho con aquel hombre, y quisieron poner las manos en él; Sócrates los detuvo diciendo: «paso, que verdad ha dicho este hombre, porque tal fuera yo verdaderamente si no me hubiera dado á la

(1) Ascendamus etiam post illum, per vitia, ac passiones nostras. De vitiis nostris scalam nobis facimus, si vitia ipsa calcamus. Aug. serm. 3 de Ascensione.

(2) Lib. 3, cap. 3 de la Vida de N. P. S. Ignacio.

(3) Plutarch. lib. 3. Apot. 80.

filosofía y ejercicio de la virtud.» Pues si aquel filósofo con las fuerzas naturales habia alcanzado tanto señorío y victoria de sus malas inclinaciones, mejor la podria alcanzar el cristiano y el religioso ayudados con la gracia del Señor; porque «el sábio dominará á las estrellas:» *sapiens dominabitur astris*. Mas poderosa es la gracia que la naturaleza.

Hay otro género de personas que naturalmente son de buena condicion: les cupo como por suerte (1) una buena alma, que no parece que pecaron en Adán, como solia decir de San Buenaventura su maestro Alejandro de Alés: tienen un natural tan bueno y tan suave, que todo parece que se lo hallan hecho; ninguna cosa se les hace dificultosa, ni sienten esas repugnancias y contradicciones en su carne que otros, antes dicen: «cómo me decian que habia dificultades en la Religion, que yo no hallaba ninguna?» Para estos es el segundo aviso para desengañarlos: si Dios os ha dado esta buena condicion y blandura natural, que no sentís esas dificultades, ni casi sabeis qué cosa sea tentacion que os dé pena: no os engriais ni tengais vanagloria, porque eso no es virtud que hayais vos alcanzado, sino natural, con que vos nacistes. Y la virtud y aprovechamiento de cada uno no se ha de medir por el semblante del rostro, ni por eso exterior que se parece de fuera, ni por el natural blando y condicion fácil y suave, sino por la fuerza que cada uno se ha hecho y por la victoria y señorío que ha alcanzado de sí mismo: esa es la medida cierta y segura del aprovechamiento de cada uno, y en eso mas ha hecho el otro, que tiene el natural fuerte y colérico, que vos que os lo hallais todo hecho y no teneis que vencer; y asi será digno de mayor loa y de mayor premio y galardón.

(1) Sortiti sunt animam bonam. Sapient. VIII, 9.

Alaba Plutarco á Alejandro Magno, sobre los monarcas del mundo, diciendo que los otros nacieron monarcas, mas este ganó la monarquía con su brazo y lanza y con muchas heridas que en diversas batallas recibió. Asi aquellos que á punta de lanza, como dicen, han vencido sus pasiones, mortificándose y yéndose á la mano, son dignos de mayor loa y gloria que los que se nacieron con ese sosiego natural y con esa paz y no han tenido que vencer; y asi no teneis de qué hacer vanagloria, ni por qué teneros en mas, por ser de buena condicion, ni por qué tener á los otros en menos por ver que tienen naturales fuertes y condiciones difíciles; antes habeis de tomar de ahí ocasion para confundiros y humillaros, viendo que no es virtud en vos la que lo parece, sino natural, y en el otro es virtud todo lo que hace; vos no habeis aprovechado nada, porque no os habeis vencido en nada, y el otro ha aprovechado mucho, porque se ha reprimido y vencido en muchas cosas. Al otro el tener mas duro contraste y mas rebelde natural que vencer, le hace tener mas cuidado de sí, y andar mas sobre aviso y con mas fervor, y asi va creciendo siempre en virtud; y á vos, el tener buen natural os es ocasion de ser descuidado y andar con una continua tibieza; como no teneis contrarios y enemigos, haceis-os lerdo y haragan. Y será bueno tambien en esto considerar cuál fuérades si Dios os hubiera dado un natural fuerte y dificultoso como al otro, y creed que hicierades mas y mayores faltas que él: si teniendo tan buen natural y tan buena condicion haceis tantas faltas y sois tan tibio y remiso, ¿qué fuera si tuvierades los contrastes y contradicciones que el otro tiene? Y asi, como decimos que cuando no permite Dios que os vengan tentaciones, habeis de pensar que es por vuestra flaqueza, porque no teneis virtud para ello; y asi

tambien habeis de entender que fué particular providencia y merced del Señor el daros ese buen natural y esa buena condicion, porque no tuvierades virtud para vencer el natural fuerte, como el otro la tiene. Con esto conservareis en vos por una parte la humildad y por otra la estima de vuestro hermano.

El tercer aviso es para desengañar á otro tercer género de personas que no sienten en sí esas repugnancias y contradicciones, ni esa rebeldía de la carne, antes les parece que tienen paz, y no es porque estén mortificados ni tampoco porque tengan buen natural y buena condicion, como los pasados, sino porque no tratan de irse á la mano ni de contradecirse y vencerse, antes gustan de seguir su apetito é inclinacion, y con eso no sienten esas repugnancias y contradicciones; parécetes que tienen paz y no es paz verdadera, sino falsa y fingida (1). Sobre aquello de San Pablo: «Veo otra ley en mis miembros que repugna á la ley de mi razon y que me cautiva en la ley del pecado (2),» dice el glorioso Agustino: «Esta guerra y contradiccion de la carne contra el espíritu y del espíritu contra la carne, no la sienten ni experimentan en sí sino aquellos que tratan de adquirir las virtudes y desarraigar de sí los vicios (3).» Y asi vemos que los mundanos no entienden este lenguaje de mortificacion, porque están hechos á seguir su voluntad en todo lo que se les antoja, y aquello tienen por regla y por ley (4). No saben qué cosa es contradecirse, ni

(1) Dicentes pax, pax, et non erat pax. Jerem. VI, 14.

(2) Video autem aliam legem in membris meis repugnantem legi mentis meae, et captivantem me in lege peccati. Ad Rom. VII, 23.

(3) Hanc pugnam non experiuntur in semetipsis nisi bellatores virtutum, debellatoresque vitiorum. Aug. l. de Contin.

(4) Sit pro ratione voluntas.

irse á la mano en sus apetitos, y asi no sienten guerra ni contradiccion alguna en sí, porque no la hay para lo que ellos quieren; pero los que tratan de espíritu y trabajan por alcanzar las verdaderas virtudes y desarraigar de sí los vicios y malas inclinaciones, luego sienten esta guerra y contradiccion de la carne. Asi como el ave no siente que está presa hasta que quiere salir del lazo, asi el hombre no conoce bien la fuerza de sus vicios y malas inclinaciones hasta que trabaja por salir de ellas. Al abrazar de la virtud, se declara la contradiccion del vicio que le repugna.

En el libro de los Hechos de los Santos Padres se cuenta que un monge preguntó á uno de aquellos Padres antiguos: «¿qué será la causa que no siento en mi alma aquellas peleas y contrastes de tentaciones que otros sienten?» Respondió el Padre: «porque eres como una gran portada, que entra quien quiere y sale quien quiere, sin saber ni entender tú lo que se hace y pasa en tu casa; tienes mucha anchura de conciencia, poca guarda del corazon, poco recato en tus cosas, en tus sentidos poco recogimiento, y asi no te espantes de lo que dices; si tuvieses la puerta cerrada y no permitieses entrar los malos pensamientos, entonces verias la guerra que te hacian para entrar.» Pues si vos no sentís allá dentro esta guerra y estos combates y peleas de la carne, mirad no sea, por ventura, porque seguís en todo vuestra voluntad; mirad no sea porque no tratais de contradecir á vuestros apetitos, ni de desarraigar los vicios y malas inclinaciones que teneis.

CAPITULO XVIII.

Que por bueno y aprovechado que uno sea, siempre tiene necesidad de ejercitarse en la mortificacion.

El bienaventurado San Bernardo dice

que siempre es menester andar con el escardillo de la mortificacion en la mano, arrancando y mortificando, y que no hay quien no tenga necesidad de cortar y podar algo, por mucho que se haya mortificado y parezca que está aprovechado. «Creedme, dice (1), que lo podado torna á brotar, y lo que parece que estaba ya mortificado, ó muerto del todo, torna á revivir. Y asi, no basta podar y cortar una vez, sino muchas; siempre es menester andar podando y mortificando nuestras pasiones y malas inclinaciones; porque siempre, si no te haces desentendido, hallarás qué podar.» Es muy buena comparacion, á este propósito, lo que vemos en los jardines. Vereis en ellos hecho de arrayan, y de otras yerbas, aqui un leon, allí un hombre á caballo, allí un águila; pero si el jardinero no anda siempre cortando y despuntando las hojitas que van creciendo, á pocos dias ya no será aquel leon, ni la otra águila, ni estará el otro á caballo, porque va brotando la naturaleza y crece la yerba conforme á su natural. Asi acá, aunque seáis un leon y un águila, aunque os parezca que estais muy fuerte y sobre vos, si no andais siempre cortando, cercenando y mortificando, presto no sereis leon ni águila, sino monstruo; porque tenemos acá dentro otra raiz contraria que está siempre brotando y creciendo conforme á su natural; de manera que siempre hay que mortificar. Por mas que viviendo en ese cuerpo aproveches, yerras si juzgas que los vicios no solo están reprimidos, sino tambien muertos; porque que quieras, que no quieras, dentro de tí habita el Jebuseo, que podrás sujetarlo, mas no echar-

(1) Credite mihi, et putata repullulant, et effugata redeunt, et reaccendantur extincta, et sopita denuo excitantur. Parum est ergo semel putasse, saepe putandum est. Imo, si fieri potest, semper, quia semper quod putari oporteat, si non dissimulas, invenies. Bernard. serm. 58 super Cantica.

lo fuera de tí (1). Por mucho que hayais aprovechado, siempre está con vos el enemigo; podéisle reprimir y sujetar, pero no le podeis acabar de desterrar de vos. Dice San Pablo: «Sé que no mora en mi carne bien (2).» Poco dijo en eso, dice San Bernardo, si no añadiera que moraba en ella el mal, y el vicio y la mala inclinacion, como lo añadió luego diciendo: «No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero; mas si el mal que no quiero, eso es lo que hago, ya no soy yo quien le hace, sino el pecado que mora en mí (3).» Luego, concluye San Bernardo, luego ó habeis de preferiros al Apóstol, ó habeis de confesar con él que mora tambien en vos el vicio ó inclinacion mala, y que siempre teneis que mortificar (4).

El santo abad Efren, confirmando esto mismo, dice: «La guerra de los soldados presto se acaba; pero la guerra espiritual del religioso dura toda la vida (5).» Mucho mas hay que hacer en mortificar y moderar nuestros afectos y pasiones que en labrar unas piedras muy duras; porque fuera de que en la piedra no hay resistencia ni contradiccion al oficial, como la hay en nosotros, despues de labrada una vez no vuelve á ser tosea como primero; pero nuestros afectos y pasiones mudanse muy á menudo y tornan á revivir y á reverdecer, y asi es menester tornar de nuevo sobre ellas otra y otra vez. San Gerónimo, sobre

(1) Quantumlibet in hoc corpore manens profeceris, erras, si vitia putas emortua, et non magis suppressa. Velis, nolis, intra fines tuos habitat jebusaeus, subjugari potest, sed non exterminari. Bernard. ib.

(2) Scio quia non habitat in me, hoc est, in carne mea, bonum. Ad Rom. VII, 18.

(3) Non enim quod volo bonum, hoc facio, sed quod nolo malum, hoc ago, si autem quod nolo, illud facio, jam non ego operor illud, sed quod habitat in me peccatum. Ad Rom. ut sup.

(4) Aut te ergo, si audes, praefere Apostolo, aut fateri cum illo, te quoque vitis non carere.

(5) Bellum mittum breve, sed monachi pugna, quoadusque migret ad Dominum, durat. S. Ephren, ephr. ad pietatem, tom. I, pag. 7.

aquello del Profeta: «Cantad al Señor en cítara (1),» dice (2) que asi como la vihuela no hace buena música ni consonancia sino estando bien templadas las cuerdas, y una sola que esté quebrada ó desconcertada hace disonancia, asi una sola pasion que esté en nosotros desconcertada é inmortificada, no podrá nuestra ánima hacer buena música á los oídos de Dios; es menester que todas las pasiones estén concertadas. «En salterio de diez cuerdas cantadle,» dice el Profeta (3); pues para llegar aquí bien se vé cuán necesario es andar siempre en este ejercicio.

Por esto aquellos Padres antiguos, aun á los ya muy perfectos, probaban y ejercitaban en muchos géneros de mortificaciones y menosprecios, como lo refiere San Juan Climaco (4). Y daban otra razon muy buena para esto: porque muchas veces los que parecen muy perfectos y muy sufridores de trabajos, si los prelados dejan de probarlos y ejercitarlos como á hombres ya consumados en la virtud, vienen por tiempo á perder ó menoscabar aquella modestia y sufrimiento que tenian; porque aunque la tierra sea buena, gruesa y fructuosa, si le falta la labor y el riego, suele hacerse silvestre y estéril, y viene á producir cardos y espinas. Asi, por muy aprovechado y perfecto que sea uno, si le falta el riego y la labor de la mortificacion y ejercicio del sufrimiento, se hará tierra silvestre é infructuosa, y producirá espinas de pensamientos malos y deshonestos y de una seguridad falsa y engañosa. De manera que todos tenemos necesidad de mortificacion, no solo los mal acondicionados, sino los que tienen buena condicion; y no solo los im-

(1) Psallite Domino in cythara. Ps. LXXXVII, 3.

(2) Hieronym. lib. 6. sup. Isaiam, cap. 16.

(3) In psalterio decem chordarum psallite illi. Ps. XXXII, 2.

(4) Clym, c. 4.

perfectos y los que comienzan, sino tambien los muy antiguos y perfectos; y no solo los que han pecado, sino tambien los que no han ofendido á Dios; los unos para alcanzar la virtud, los otros para conservar-la. El que camina en una bestia, por buena y mansa que sea, lleva freno y espuelas, porque al fin es bestia.

En aquellas palabras que dijo Cristo nuestro Redentor: "El que quisiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo y tome su cruz (1);" añade el evangelista San Lucas: "El que quisiere venir en pos de mí, lleve su cruz cada día y sígame (2)." No se os ha de pasar día ninguno en que no quebranteis vuestra voluntad en alguna cosa; y si se os pasare, dice San Juan Climaco (3), tenedlo por grande detrimento; tened por perdido aquel día y pensad que en él no habeis sido religioso, como decia el otro emperador romano el día que no habia hecho mercedes: "Perdido habemos este día, hoy no habemos reinado, hoy no habemos sido reyes ni emperadores, porque no habemos hecho mercedes á nadie (4)." Pues mas propio es del religioso mortificarse y negar su voluntad, que de los reyes y emperadores hacer mercedes; porque eso es ser religioso, hacer lo que no quereis y dejar de hacer lo que quereis.

Buen ejemplo nos dejó en esto, como en todo lo demas, nuestro P. S. Francisco de Borja, el cual decia (5) que sin duda le seria á él amarga y desabrida la comida el día que no castigase su cuerpo con alguna buena penitencia ó mortificacion; y añadía que viviria desconsolado, si supiera que la muerte le habia de tomar en día que

(1) Si quis vult post me venire abneget semetipsum, et tollat crucem suam.
(2) Et tollat crucem suam quotidie. Luc. IX, 13.
(3) Clem. c. 4.
(4) Amici, diem perdidit. Suetonius, c. 8, in Tito, lib. 4, cap. 5. de la vida del P. S. Francisco de Borja.

no hubiese hecho alguna penitencia y mortificado sus sentidos. De manera, que no se le pasaba día en que no se mortificase, y pedia y suplicaba al Señor que le hiciese esta merced, que los regalos le fuesen tormento y cruz, y los trabajos regalo, que es el tercero y mas perfecto grado de mortificacion; y asi decia (1) que no le regalasen hasta que alcanzase esto de nuestro Señor. Siempre andaba en perpétua vela, haciendo guerra á su cuerpo siempre hallaba en qué le mortificar y maltratar; y llamaba amigos suyos todas las cosas que le ayudaban á afligirle; si el sol le fatigaba caminando en el estío, decia, "oh, cómo nos ayuda bien el amigo!" y lo mismo decia del hielo y del aire y de la lluvia en el rigor del invierno, y del dolor de la gota y del mal de corazon, y de los que le perseguian y murmuraban, á todos los llamaba amigos, porque le ayudaban á vencer y sujetar su cuerpo, al cual tenia él por capital enemigo. Y no se contentaba con las mortificaciones y trabajos que se le ofrecian, sino que andaba á buscar nuevas invenciones para mortificarse. Algunas veces ponía arena y chinillas en los zapatos para que andando le lastimasen los pies: en el estío se iba muy despacio por el sol, y en el invierno por la nieve y hielo, y traía pelados los aladares de arrancarse los cabellos; cuando no podia tomar disciplina, con pellizcos y con otros artificios atormentaba su carne; y en las mismas enfermedades buscaba maneras para añadir dolores á dolores, y penas á penas; porque las purgas, por amargas que fuesen, las bebia á sorbos como si fueran una escudilla de sustancia: las pildoras amargas las mascaba y deshacia entre los dientes y las traía en la boca muy despacio, y de esta manera mortificaba y atormentaba sus sentidos y crucificaba

(1) Cap. XXII.

su carne, y asi vino á llegar á la perfeccion y santidad que llegó.

CAPITULO XIX.

De dos medios que nos harán fácil y suave el ejercicio de la mortificacion, que son la gracia del Señor y su santo amor.

Resta que tratemos de algunos medios que nos ayuden á que este ejercicio de mortificacion, que tan necesario nos es, se nos haga, no solo fácil y llevadero, sino suave y gustoso. El primero y principal medio para esto ha de ser la gracia del Señor, con la cual todo se hace fácil y ligero. Estaba el Apóstol San Pablo muy fatigado con una tentacion, y pedia á Dios con instancia que se la quitase (1). Y respondióle el Señor: "Bástate mi gracia (2)." Con la gracia de Dios se sintió tan esforzado, que dice: "En Dios todo lo puedo. No yo, sino la gracia de Dios conmigo (3)." No nos deja el Señor solos en este trabajo de la mortificacion; él nos ayuda á llevar la carga. Y por eso se llama yugo su ley, porque le llevan dos: Cristo se une con nosotros para llevarle; ¿quién desmayará con tal compañía y favor? No os parezca dificultoso, pues lo menos de ello habeis de hacer vos. Por esto, aunque le llama (4) yugo, dice que es suave; y aunque le llama carga, dice que es liviana, porque aunque considerada nuestra naturaleza y pocas fuerzas sea pesado, y eso denota el nombre de yugo y de carga; pero con la gracia de Dios, es fácil y suave porque nos lo alivia el mismo Señor, como lo promete por el Profeta

(1) Propter quod ter Dominum rogavi, ut diceret a me. II. ad Cor. XII, 8.
(2) Sufficit tibi gratia mea. II. ad Cor. XII, 9.
(3) Omnia possum in eo, qui me confortat. Ad Philip. IV, 13.—Non ego autem, sed gratia Dei mecum. I. ad Cor. XV, 10.
(4) Jugum enim meum suave est, et onus meum leve. Matth. XI, 30.

Oseas: "Yo les seré como quien levanta el yugo y le quita de encima de sus mejillas (1)." Y por eso Isaias dice: "Se pudrirá el yugo unguido con el óleo (2)." Parece la mortificacion yugo y carga pesada, pero es tanto el favor y gracia de Dios, significada por el óleo, que se pudrirá el yugo y se ablandará de manera que no se os asiente, ni aun le sintais.

San Bernardo, en el sermón primero de la Dedicacion de la iglesia, dice: Asi como cuando consagran las iglesias, se usa aquella ceremonia que ungen las cruces con óleo santo, asi hace Dios nuestro Señor en las ánimas de los religiosos; porque con la uncion espiritual de su gracia, va ungiendo y ablandando en ellos las cruces de la penitencia y mortificacion para que se les hagan fáciles y suaves; y asi, muchos huyen de este santo ejercicio, porque ven la cruz y no ven la uncion; pero vosotros, que lo habeis experimentado (dice á los religiosos), sabeis muy bien (3), que nuestra cruz está unguida, y que con esa uncion, no solo es fácil y ligera (4), sino lo que á los del mundo parece amargo y desabrido se nos hace á nosotros, con la gracia de Dios, muy dulce y sabroso. Y asi decia San Agustin, que no habia entendido el lenguaje de la castidad, ni le parecía que habia hombre que la guardase, hasta que entendió la fuerza de la gracia; con la cual podemos muy bien decir aquello de San Juan: "No son pesados ni dificultosos los Mandamientos de Dios y del Evangelio (5)," porque la abundancia de gracia que dá el Señor para hacer lo que manda, los hace fáciles y suaves. San Gregorio, sobre aque-

(1) Et ero eis quasi exaltans jugum super maxillas eorum. Osee XI, 4.
(2) Computrescet jugum a facie olei. Isai. X, 17.
(3) Ecco seltis quia vero crux nostra inuncta est. Sed, ut ita dicam, amaritudo nostra dulcissima.
(4) Et mandata ejus gravia non sunt. I. Joann. V, 3.